

¿Ha llegado el ocaso de bailar como fin de fiesta en...



1. DOLORES MEMBRIVES
2. RAQUEL MELLER
3. ROSITA RODRIGO
4. LUISA SALAS
5. LA GOYA
6. PAQUITA ESCRIBANO
7. TERESA MARAVAL (ZAZA)



El humorista se sentía como un trión que quiere sostener la alegría de sus huéspedes durante la velada. El les daría tautro, varietas, bailes rusos como bailes de mariposas, bailes dialogada entre las mariposas, bailes de una especie distinta, cada una con una bandera patria diferente.

A veces, por darles algún espectáculo de cine infantil y hacía que las niñas agradecían mucho, colocándose en sus sillas de luz, sobre los sillones luminosos del cinematógrafo y en sus tartas de luz, viendo los sillones a horcajadas de su asiento como supremas cortas de su asunto, pero no es así no ven nada.

Renovaba aquellas películas tan vistosas, el que todos aquellos insectos con sus alas de distinto color, coloraban el film y le daban vida de bulto.

Pero la clientela de bichos iba aumentando en las veladas del humorista y le inundaron los hormigueros, todas las hormigas moviéndose, todas las hormigas moviéndose que vuelven corriendo de la compra porque se les ha hecho tarde.

El humorista, inundado de hormigas, se sentía transitado por ellas, era como si su sistema nervioso se le pasease por fuera en vez de dentro.

Atravesada de hormigas su mesa, le mareaba aquella especie de contrado las letras de sus cuartillas y las letras de los libros.

No podía seguir escribiendo; paraba, como si hubiese llegado a un calapsis. ¡Aquello ya era demasiado de la movilización, cuando los pequeños insectos muertos y convertidos en seguida en dermatos esqueléticos eran transportados por las hormigas muertas, pareciendo aeroplanos movidos entre seis o siete asistentes apenas perceptibles bajo las alas.

El humorista ya no podía dormir. A la hora de acostarse y como tenía entraba toda la bicharada en ella. Fué por esto por lo que pensó celebrar sus bodas de tul.

Los mosquitos murgantes le suurraban su susurro de guerra y después sigilosos — ¡piu — le clavaban su aguijón, dejándole un picor para un largo rato, el picor de la noche como hay la estocada de la tarde.

Hubo noches en que no pudo ni conciliar ni reconciliar el sueño porque sentía que bajaban sobre sus mejillas las espirales y las escaleras de caracol de la puntería y de la zumba de los más picamentosos clínicos. En aquella espera de que cesaran sobre su mejilla consumía una insomnio y cuando ya creía tenerles silenciosos, quietos, perfilándose como espadas que se van a tirar a matar, ¡zas!, se daba un bofetón con el deseo de aplastar al animalito y malograr así la inyección de veneno y «pica-pica» que estaba preparándole.

Hubo alguna noche que salió a cincuenta bofetadas y se durmió cavilando si hubiera sido preferible haberse dejado picar a darse aquella serie de bofetadas que le habían bichado la cara mucho más.

En vista de todo eso entró en la tienda de los tules y adquirió uno de randa tan fina que sería más difícil que se picara por ella un mosquito que un rico en el reino de los cielos.

La noche de la inauguración del mosquitero del humorista estaba ocupado como si se tratase de un acto trascendental.

Esperaba con emoción la hora de acostarse. La amplia cama estaba materialmente envuelta en tul con rumbo de gran cola. Tenía algo del amplio traje de boda de una gigante y parecía que su campana de transparente gasa estaba llena de insectos, de delirios, de esperas. ¡Qué hijo más soñador debajo de aquel mosquitero con su cosa clara y muestática de manto de bodal!

«Si yo no durmiese aquí esta noche, la cama se quedaría compuesta y sin novio», pensaba el humorista.

¡Qué bien iba a dormir aquella noche, con la imaginación en libertad, sin temor a los berbiqus de las picaduras y las malevolencias de los insectos, sobre todo de los que son verdes!

Todo iba a quedar del lado afuera, como si hubiese un corchero en tre él y las cosas.

Con gran rubor se acostó en la cama vestida de novia, y cuando estuvo dentro se sintió serafiado por el blanco tul que le envolvía en una vana vaguedad.

Al día siguiente el humorista escribió una nota a los periódicos que decía:

«Ayer celebré sus bodas de tul el distinguido señor X».

vive en ellos el afán de la vida como moda, del interés por el secreto de todas las adquisiciones de los espiritus en aeecho...

—Son mis mujeres, las mujeres que yo he creado... Y las tres cuartas partes de mis clientes son snobs, de lo que me rogocijo, porque yo vivo de sus inquietudes, que nunca se realizan y sin embargo perduran...

León Pacheco.
París y Primavera, 1925.

De GOMEZ DE LA SERNA
TRAPANTOJOS

BODAS DE TUL

El humorista tiene también sus acontecimientos que en el fondo son tan humanos como los demás.

El humorista que no ha celebrado su primer desposorio y que por lo tanto mal puede celebrar sus bodas de plata, ni sus bodas de oro, ni mucho menos sus bodas de diamante, ha celebrado sus bodas de tul.

¿Qué pueden ser las bodas de tul? Primero hay que relatar toda la historia por sus pasos contados.

El verano es fecundo en mariposuelos y otros insectos de azabache, de gasa, de tisú, de tiritaña.

Las mariposas caían en la mesa del humorista con aire de «¡Aquí estoy yo!»

Creían, indudablemente, haber encontrado un teatro. Atravesaban la ventana buscando un teatro, un teatro luminoso con función toda la noche. Casi todas estaban realmente vestidas para el teatro con sus vistosas salidas de teatro muy bien estampadas.

«¡Ah! ¡Creía que llegaba tarde!», parecía decir en su premura la que se iba a colocar más en primer término del escenario de la luz.

El humorista las saludaba y las contemplaba como diciendo: «¡Po-

brox hijas mías; qué chasco os vais a llevar!»

Ellas esperaban un rató y después se metían en la lámpara y zambullidas en su luz proyectaban su negra silueta desde el fondo de la blanca pantalla.

El humorista tenía la paciencia de admitir todos sus huéspedes, sobresaltándose algo cuando entre la bicharada atroz entraba de pronto un pesado insecto que caía en medio de la habitación con ruido de castaña pilonga. Alguino le había tirado desde el fondo de la nocturnidad alevosa aquel insecto y el humorista, escamado, se levantaba de su mesa y se zomaba a la noche, dirigiendo una mirada horrible a la oscuridad con sus ojos centelleantes.

Pero eso sucedía pocas veces. Generalmente eran insectos pequeños, rutilantes y ligeros. Era uno con la cabeza como suelta, igual que una cabeza de alfiler que se hubiese desprendido del alfiler sin dejar de estar imantada por él; era otro con un tallo antiguo—¿cómo podrían pasar por aquel intestino los granitos de polvo?—; otro tenía unas bellas alas al batik y otro, en fin, rojo y con sus largas antenas parecía un Mefistófeles de ópera.

Aplicación sobre filet



UNA IDEA ES LA APLICACION DE TELA FINA DE COLORE SOBRE FILET. OFRECEMOS UNA SOBRE UN STORE. EL COLOR HA SIDO ELEGIDO SEGUN LA PIEZA DONDE VA A FIGURAR. LAS ROSAS QUEDAN BIEN DE TELA NARANJA, EL CORAZON NEGRO, EL RELLENO CON ALGODON. LOS TRONCOS DE TELA NEGRA.



Gomez de la Serna